

Domingo Melfi

La generación de Lastarria ⁽¹⁾



A generación que nació a la vida bajo el estampido de los cañones de la emancipación produjo hombres de un extraordinario temple moral. Lastarria fué indiscutiblemente uno de ellos. En los últimos años del primer tercio del siglo XIX, parecían ya hombres maduros y apenas contaban treinta años de vida. Habían padecido todas las incertidumbres y ansiedades que derivaron de esa vasta empresa de la Independencia, y habían sostenido sobre sus hombros, fortalecidos por el sacrificio, las responsabilidades de una existencia entregada por entero al servicio de altos ideales. Poseían el instinto, la conciencia de su misión educadora. No todos eran maestros, pero se sentían casi todos dominados por la fe luminosa de los apóstoles. No hicieron profesión de fe de artistas, porque todos ellos estaban preocupados de combatir contra el despotismo autoritario y se sentían más luchadores que hombres contemplativos. Vivían sobre las densas corrientes de la construcción

(1) Conferencia leída en la Universidad de Concepción

ideológica y parecían arrancar de sus propias vidas y ejemplos, los estímulos para continuar en la brega porfiada. Pero dieron al arte una sugestión singular; incitaron a la curiosidad, al examen de las realidades, al estudio de las ciencias y de las letras. Era ya una conquista en el alma de un pueblo nuevo que nacía a la vida de la responsabilidad, en un continente en que el estruendo de las armas y los gritos de los perseguidos, llenaban los horizontes poblados de amenazas. Tiempos extraordinarios. Tiempos difíciles. Se había pasado de la monarquía a la república, del vasallaje a la libertad. Habían visto de niño o escuchado, más tarde, de labios de los sobrevivientes, el flujo y el reflujo de las pasiones y de los odios. Ejércitos aguerridos eran derrotados por soldados improvisados; estandartes de oro, abatidos por los trapos humildes y descoloridos de las naciones recién forjadas; generales humillados y ajusticiados y marqueses y grandes señores huyendo en sus calesas, a través de los senderos abruptos, dando tumbos, para alcanzar la promesa del mar libre, o las ásperas y estrechas gargantas de las cordilleras.

Todo era difícil porque todo era incierto. No había seguridad ni estabilidad en los hogares. Los tumbos del oleaje de la emancipación, arrojaba y traía a los hombres y revolvía en un mismo torbellino, las pasiones y los sentimientos, la amistad y el odio, las amarguras y miserias de desenfrenadas ambiciones. A la Independencia habían sucedido las revueltas y guerras civiles. Una tempestad había originado otra; un violento

impulso de muerte se había disuelto en infinitos impulsos pequeños de rencores, entre los cuales naufragaban o estaban a punto de hundirse, las mismas pequeñas nacionalidades que se erigieron en repúblicas libres. Los generales volvían a desenvainar sus espadas gloriosas, para arremeter contra los propios compañeros, con que años antes habían marchado, codo a codo, contra el corazón de la majestad real. Soldados oscuros se convertían en caudillos, jefes cargados de medallas y cubiertos de cicatrices tomaban el camino del destierro; vecinos modestos y comerciantes que habían servido en los ejércitos, se transformaban en tribunos o en héroes. Otros en gobernantes y en señores del despotismo. Era el embudo movible del agua que gira vertiginosamente, instantes después de un gran naufragio y en el cual se hunden o salen a flote los restos del barco destruído.

Fué aquella, sin duda, una generación precoz. Una generación juvenil y seria. De intento ponemos en relieve dos términos que con frecuencia andan divorciados. La seriedad ha sido cargada en la cuenta de la madurez melancólica, cuando el hombre recoge las velas desgarradas de sus aventuras y se interna en el sosiego de las ensenadas. Y la juventud es la impaciencia, el inquieto tormento espiritual de la vida libre y voluntariosa. Pero suele también entrar la gravedad en el espíritu de esos hombres prematuramente marca-

dos en la frente con el signo de la misteriosa preocupación del porvenir.

Los hombres de esa generación fueron, por lo mismo, hombres serios. No con la seriedad ceñuda y hermética, vacía de substancia, que cierra sus contactos con el exterior y se entrega a una existencia vejetativa y petrificada, sino con esa seriedad fecunda que es la voluntad del sacrificio y que busca justamente en las reacciones externas los estímulos para no ser dominada por el desaliento o la amargura. La lucha no comporta sino responsabilidades. En aquel período tan fértil de la vida chilena, que ocupan los hombres de la generación del 42, los que intervinieron en la política, en las letras y en la lucha social, sabían que se jugaban una carta peligrosa y llena de sorpresas y emboscadas, puesto que todo estaba entregado al dominio de las oscuras corrientes sociales, que tan pronto libraban en la superficie como en el subsuelo, las más ardientes luchas por el mando de la nación.

La generación de la independencia había despedazado la esclavitud material; pero restaba la esclavitud del espíritu, simbolizada en la legislación, en las letras, en los hábitos y en las costumbres. Faltaba a los hombres de la generación siguiente, la independencia civil y literaria. La colonia había recibido indudablemente un rudo golpe. Había sido desgajada del enraizamiento que tres siglos de predominio habían hecho bifurcarse en el hondor de la tierra americana. Al romperla, se habían abierto surcos ignorados de resistencia,

heridas que no podrían cicatrizar tan fácilmente y que exudarían, a lo largo de los años, su lepra venenosa. Simas profundas habían sido abiertas por el odio o el rencor, entre las familias, y las tribus. Unos querían mantener los antiguos privilegios de casta y los otros trataban de abatirlos, para dar paso a una nación integralmente independiente.

Una tradición tan honda, tan vasta, que tan inexorablemente pesaba sobre los sentimientos y aun sobre el espíritu sumiso de los hombres oscuros, que habían padecido el vasallaje,—nunca rebeldes, porque la rebelión era la muerte,—no podía resignarse a vivir subordinada a las nuevas concepciones democráticas, que aspiraban a barrer con todo el pesado fardo de las costumbres coloniales. Y sin embargo, éstas eran fuertes y poderosas, visibles o invisibles, mantenían el predominio por la acción de ese extraño peso de la noche, de que hablaría más tarde el ministro omnipotente que la hizo carne en su gobierno, y que era, sin duda, la corporización material de la vida vegetativa, la más apropiada para que en ella se disolvieran todos los arrestos y todas las vehementes aspiraciones de los hombres nuevos. El destino de los núcleos liberales que impusieron una constitución liberal antes del advenimiento de Portales, fué como se sabe tronchado y desviado de su cauce por la violenta represión de 1830, como vemos más adelante.

El silencio colonial impidió siempre que el país montañoso que era Chile, recibiera la sugestión de la

cultura. Desde hacía tres siglos el corazón del país latía en silencio. En él habían fructificado los errores de la dominación absoluta; en él se habían robustecido los vínculos de la sangre orgullosa de esas oligarquías de encomenderos, que mantuvieron su derecho de vida y muerte sobre la vida de los siervos. Nada penetraba desde afuera para conmover o iluminar la inmovilidad espiritual en que vejetaban las castas miserables. Nada que no fuera controlado por la voluntad de los monarcas y de sus representantes. La montaña cerraba todos los pasos. El mar se retorció en soledad, contra los acantilados de una costa hostil e inhospitalaria, cerca de la que solían pasar, buscando las caletas encalmadas, los galeones de la metrópoli, que imponían orden, sumisión y silencio. Esos galeones sólo traían a la costa de la tierra virgen, las leyes y decretos de la majestad real, la expresión de la voluntad soberana que exigía diezmos, que absorbía el oro de las regiones invioladas, con el cual las cortes fastuosas y los potentados de la iglesia, llenaban sus arcas eternamente ávidas del rico metal. La cruz y la espada trazaban círculos ceñidos en torno a la vacilante existencia de los colonos. No es extraño que el peluconismo republicano reclamara para el país la vuelta al coloniaje, por lo menos en la formulación de sus leyes restrictivas.

Rota por la espada de los revolucionarios de 1810 esta vejetación de la vida colonial, se habían precipitado como por un boquerón sobre la incipiente República, las dos corrientes que combatieron después de la

emancipación: la que pretendía reajustar el ritmo antiguo, destrozado por el golpe de los independientes y la que aspiraba a imponer el espíritu nuevo, encarnado en los caudillos militares o en los tiranos que brotaron en todas partes del choque de las ambiciones. Los generales eran sin duda respetables en su gloria, pero obraban como si la guerra no hubiera terminado y la juventud no podía tolerar que se falsificara el espíritu de la revolución. Generales y caudillos no podían comprender el grito con el cual en todas partes de América, les azotaban el rostro: *Viva la libertad... mueran los tiranos.* O'Higgins había pagado con el destierro este olvido de la misión fundamental de que se le había investido. La nivelación humana impuesta por la dominación de tres siglos, del período colonial, no permitió que impunemente sobresaliesen del cuadro general hombres con mayor estatura. Durante la colonia todos estuvieron sometidos a la voluntad omnímoda de un soberano. Después de la dominación, a nadie se le permitía usar, para reducir a los rebeldes, las mismas o parecidas armas que empleó el Rey. Quizás este fenómeno explique la exasperación de los criollos para impedir que surgieran hombres superiores al medio. O'Higgins acusaba de ingobernables a los chilenos. Era la misma acusación que hacían Bolívar, San Martín o Sucre respecto de sus compatriotas. Todos les parecían ingobernables. Sólo que los dones de la libertad que tanto había costado adquirir no podían ser quebrantados por la espada vuelta despótica

de los mismos generales que la nación había glorificado después de la independencia y a los cuales había entregado el destino de la democracia.

Esa fué la escuela de la guerra. El tirano civil o militar que erigió su prepotencia sobre las naciones recién formadas fué en algunas regiones el símbolo de la barbarie campesina, conquistadora de la ciudad. En el lado del Atlántico, Rosas personificó al tirano campero, producto del gauchaje y en el lado del Pacífico, Portales fué el superviviente de la encomienda, es decir, de la aristocracia que había mantenido el predominio sobre la tierra y continuaba manteniéndolo a pesar de la ruptura con la colonia. Lastarria explicó este fenómeno al historiar la filosofía de ese período. «Apenas terminada la revolución de la independencia—escribió—cuando naturalmente por un efecto de las leyes de la sociedad, comenzó a abrirse paso la reacción del espíritu colonial y de los intereses que esa revolución había humillado. Los mismos capitanes que la habían servido llevaban ese espíritu en su educación y en sus instintos. Aquí principia esa lucha interna que ha desacreditado a América a los ojos del vulgo de Europa y que ha infundido y aun inspirado extravagantes conclusiones a los escritores que, negados a toda observación filosófica se han creído capaces de fallar sobre nuestro porvenir, sin más autoridad que la que daba la posesión de una pluma y de un papel. Nadie ha querido ver aquella reacción que, teniendo un mismo punto de partida, ha

debido buscar distintos apoyos en las diversas secciones americanas, porque la situación social se diferencia en todas ellas, por razón de sus antecedentes coloniales y de los intereses predominantes. Así la reacción colonial entre los argentinos, buscó el elemento salvaje, que los caudillos de la independencia habían sublevado y colocado en acción, tal como sucedió en Venezuela y en Centro América. En México, Perú y Bolivia, esa reacción se asiló en la desmoralización administrativa y en la corrupción social que la colonia había enjendrado y que la revolución vino a poner en fermentación y en escena. En Chile, en el Ecuador y en Nueva Granada la reacción buscó un apoyo en la población aristocrática que a través de la revolución había conservado su adhesión al privilegio y al despotismo y sus medios y recursos para defenderse de la invasión de las nuevas ideas».

No había en el pensamiento de la generación, llamada pipiola, de ese tiempo, otro norte que la formación de ciudadanos aptos para la democracia y capaces de reemplazar con ventaja a los partidos caducos que mantenían la situación política, y para ello, expresaba Lastarria, trabajamos en reaccionar contra todo nuestro pasado social y político y fundar en nuevos intereses y en nuevas ideas nuestra futura civilización. Los hombres que se pusieron al servicio de la tradición colonial sustentaban, igualmente, una doctrina que les parecía lógica desde su particular punto de vista. No podían entregar la Repú-

blica a los teóricos del liberalismo, puesto que les faltaba la experiencia, el sentido de las realidades inmediatas y esa práctica del mando que sólo se adquiere cuando se ha manejado por largos años el país. Vale decir, que se negaba a los hombres nuevos no el derecho a participar en las funciones de la política o de la administración, que eso era aceptado, sino el derecho a tomar enteramente el gobierno para reformar las leyes o mejor dicho la Constitución. La reacción iniciada por Portales había establecido como norma fundamental de la política, el orden, palabra mágica que para la opinión pública como escribía el propio Lastarria, significaba la tranquilidad que facilita el curso de los negocios, con más la quietud que ahorra sobresaltos, conciliando la paz del hogar y de las calles y que para los estadistas y políticos significaba el poder arbitrario y despótico».

Los matices que más tarde adquirió la lucha en el período del Presidente Bulnes, o en tiempos del decenio de Mott, dividiendo a los gobernantes y políticos en más o menos liberales o en más o menos conservadores, no significan sino variaciones o matices de un mismo fenómeno político.

El peluconismo era la aristocracia misma de la tierra, la que mantenía el poder que la tierra erige especialmente en América, cuando se es dueño de ella. Las grandes extensiones, eran corporizaciones de esa voluntad que empujó a Rosas a conquistar Buenos Aires después de haber reducido a los estancieros más débiles

y dominar durante veinte años la República del Plata, y a Portales, con menos barbarie, el señorío de un país en el que el pueblo carecía de expresión, era vacilante y sumiso y sólo eran poderosos los estanqueros y los terratenientes. Unos y otros se trenzaron para sostenerlo, dándole la solidez que fué su fuerza y su carácter.

El problema fué claramente entendido por la generación del 42. Esta generación estaba impregnada de las luchas portalianas. Sentía en su espíritu libertario el desastre ocasionado por la traición y la duplicidad de que habían dado muestras los pelucones, al abolir sangrientamente la Constitución liberal de 1828, desastre en el cual había tomado parte activa el dictador y cuya sombra aun flotaba sobre la Nación. «Es imposible—expresa Isodoro Errázuriz—concebir una transformación más trascendental que la que se verificó en 1830 en la política chilena. Doctrinas y tendencias enteramente opuestas a las que predominaron durante el período anterior invaden el gobierno, el Congreso, la legislación y la sociedad. Ya no se reputa como el fin primordial del Estado el establecimiento de instituciones democráticas y liberales, a favor de las cuales puedan consolidarse el respeto y práctica del derecho y tomar vuelo pujante, la inteligencia y el trabajo. Ahora se pretende sacrificar todo lo demás al mantenimiento del orden y por una inconsecuencia monstruosa, en nombre del orden se inicia la más desastroza de las revoluciones y se divide por medio siglo el país en dos campos irreconciliables, el de los vencedores y usufructuarios y el de los vencidos,

proscriptos y excluidos. El prestigio y el poder, pasan del país y de los congresos que le sirven de órgano inmediato al poder ejecutivo, que absorbe toda iniciativa y suprime toda independencia. Y el más débil amago de insubordinación, la simple protesta contra semejante regimen, son castigados con un rigor que, en la época anterior, no se gastó ni aun en los casos de revuelta y motín militar». (1)

Cuando el general de La Lastra venció en Ochagavía al frente del ejército que defendía la Constitución liberal de 1828, aun el liberalismo conservaba esperanzas. Lastra triunfó en una batalla campal a las puertas mismas de Santiago, contra el general Prieto que mandaba el ejército pelucón. Pero fué derrotado momentos más tarde en la tienda del político. Una traición había sido el final de esa lucha. Puede juzgarse la forma como sintió la generación del 42 ese comienzo de las contiendas implacables entre bandos que estaban destinados a proseguir, a lo largo de medio siglo o más, sus disputas, sangrientas a veces, o simplemente parlamentarias o de cábalas e intrigas. Ochagavía era el golpe más artero a la libertad que trataban de imponer por medio de una Constitución, los que entonces eran denominados pipiolos. Detrás del general Prieto estaba el índice nervioso de Porta-

(1) Isidoro Errázuriz.— Historia de la Administración Errázuriz, pag. 162-63 (Ed. "Biblioteca de Escritores de Chile" 1935)

les, empujándolo al sitio en donde debía decidirse, en rigor, la suerte del país. En efecto, Lastra, vencedor en la batalla y hombre de buena fe, fué invitado a la tienda de campaña de Prieto para parlamentar sobre las garantías que se podían otorgar al liberalismo. Mientras los generales y coroneles de ambos bandos conversaban, el ejército vencido se rehizo, tomó posiciones estratégicas y dictó su voluntad a los triunfadores.

Esto fué Ochagavía, tan ponderado en la historia conservadora, por los apologistas del orden. Las bases concertadas no se cumplieron, porque no era posible, por lo demás, cumplirlas en beneficio del liberalismo. Y sobrevino poco tiempo después la batalla de Lircay, en la que de nuevo fué derrotado el ejército liberal. Hay un episodio tétrico y simbólico en este hecho de armas. Luego de la derrota, Tupper, el más liberal de los soldados de la independencia, fué ferozmente perseguido cuando huía a la grupa del caballo que montaba el Comandante Amunátegui. Parecían ya libres; pero de pronto fueron rodeados por un grupo de lanceros enemigos. Tupper ante la inutilidad de defenderse, entregó su espada. Un oficial innoble, cuyo nombre no se ha querido recordar, ordenó que los «hacharan», según se decía en la jerga militar del tiempo. Como los soldados se precipitaran primero sobre Amunátegui, el mismo oficial gritó: «A ese no; al gringo . . . » Tupper fué descuartizado y sus restos diseminados por el campo. Al día siguiente, un hacendado de las vecindades hizo

recoger los trozos, dió orden de cavar un hoyo y los enterró. El liberalismo quedaba sepultado en medio del campo chileno, es decir, en medio de la extensión sobre la cual tanto se había combatido y en la que aun quedaba mucho por combatir. El descuartizamiento del principio liberal y su sepultura transitoria eran ya el símbolo encarnado en la figura del romántico coronel, cuyos restos fueron más tarde recogidos y llevados a la capital. Una noche, cuando arreciaban las luchas entre pipiolos y pelucones, Portales hizo arrancar la lápida que cubría los restos de Tupper. La inscripción no era grata al sentimiento autoritario de la época y era preciso hurtarla a la curiosidad de los pasajeros.

Así se mostraba el carácter de los hombres de ese tiempo. Pero la verdad es que se desvió el curso de la historia política y social. Al llegar a Ochagavía, el camino abrió su abanico de encrucijada. Si Lastra no hubiera dado oídos a las voces que lo llamaban desde la tienda de los vencidos, la tarde de la batalla, quizás si sus tropas vencedoras al llegar de regreso a la capital, hubieran podido imponer las condiciones que eran privativas del vencedor o por lo menos haber mantenido en vigencia una constitución que había sido dictada en nombre de las ideas democráticas. Pero se ha visto que las batallas de una guerra civil no se ganan en el campo mismo, sino en los salones o en las tiendas de los campamentos. Lo que un guerrero es incapaz de advertir, lo fragua en la sutileza del razonamiento un político duchos. La intriga puede más que una espada. Y si hu-

biéramos de extraer alguna conclusión del episodio apuntado, no sería sino una lamentable, y que en rigor fué sacada por los hombres de la generación del 42. La reacción colonial volvía a tomar la preponderancia política que la espada había destruído. Los hombres de buena fe, candorosos como era Lastra y como había sido Freire, no podían batirse sino con desventaja, en los sitios destinados a la intriga y a la maniobra política.

Santiago era por los años de 1840 y 45, en los días de la presidencia de Bulnes, un hervidero de pasiones. Bulnes había puesto paz en los espíritus después de las violentas represiones de Portales, pero los espíritus continuaban inquietos. Había la pasión de la formación política de las luchas entre los hombres nuevos y los hombres antiguos, exaltaciones viriles y románticas de la personalidad que aspiraba tenazmente a elevarse sobre las disputas bizantinas del ambiente. Esa generación había hecho irrupción en la vida activa en el momento en que el romanticismo conquistaba todos estos países. Las grandes frases y reminiscencias de la Revolución Francesa llenaban el corazón de esa juventud. Se sentían casi todos sobrevivientes de las persecuciones portalianas; por eso, si se les hubiera preguntado un día qué habían hecho, habrían contestado, irguiéndose, con las palabras de Sieyes: «Hemos sufrido». La palabra mágica, la palabra esotérica que flotaba sobre todas las democracias en formación, desde las regiones ardiente^s

de Nueva Granada a las glaciales del sur, era la palabra «libertad». A ella se sacrificaba todo, porque en ella encontraban la defensa contra las opresiones y las fórmulas europeas que trataban de imponer en la enseñanza y en los códigos, los hombres de la tradición colonial.

La juventud sentía que había pasado de un mundo de ansiedad a uno de tormenta. Bilbao, acusado por un tribunal de exponer ideas contrarias a las dominantes, había dado una pauta eurostrándole al fiscal, con palabras de fuego, su condición de retrógrado. El era el representante del espíritu avanzado. "Sois un retrógrado," había exclamado, mientras yo soy el hombre del porvenir. "Su folleto «Sociabilidad chilena», condenado en seguida a ser quemado por la mano del verdugo en la plaza pública, era otra manifestación de rebeldía contra ese espíritu colonial que no quería morir. Una poblada exaltada y bulliciosa lo había sacado de la cárcel, juntando en pocos momentos la suma necesaria para su rescate y cargándole sobre los hombros habían paseado por las calles, a los gritos de libertad, la imagen del romántico que era en ese instante el símbolo de la juventud.

Por las calles de Santiago vagaban aún las siluetas de los soldados que se habían batido por la libertad treinta años antes. Los pesados sables se arrastraban por las losas de los portales y tintineaban en los pedruscos de las calles, y los mostachos y las barbas cerradas decoraban los rostros pálidos o fieros de los sobrevivientes de la emancipación.

Un rasgo común acentuaba el perfil de esa generación: había en ella una sensibilidad inquieta y dominadora. La imaginación se exaltaba ante las injusticias sociales y el verbo encendido de la libertad flameaba en los salones y en los clubes secretos. Predominaba el sentimiento sobre los impulsos del egoísmo. Se era capaz de todos los sacrificios por mantener un principio y los hombres iban a la cárcel entre gritos delirantes y manifestaciones hostiles a la autoridad. Al ser sepultados, en abril de 1844, los restos de Infante, tribuno del pueblo, Bilbao había detenido el cadáver en la puerta del cementerio y en medio del cortejo formado casi todo por la juventud, con un gesto amplio, como si quisiera abarcar el horizonte entero, le había franqueado el paso a la inmortalidad, en nombre de esas concepciones nuevas que eran según un historiador "un reto a la omnipotencia eclesiástica".

Los salones, los centros de reunión, las avenidas del paseo del Tajamar, se llenaban con personajes de abundosa cabellera, de barba cerrada como la que sombreaba el rostro de Larra y corbatas de guillotina. El frac ceñido dibujaba el perfil esbelto de esos jóvenes que iban a batirse más tarde en las calles, en las trincheras improvisadas frente al Cuartel de Artillería. Monvoisin ha dejado en los salones de las casas patricias las estampas de muchos personajes de la época y de esas damas que se peinaban en bandeaux, oprimido el talle por las crinolinas, finas las facciones y los ojos como iluminados por el fuego de una viva llama de amor.

Sobre las frentes limpias parece aún flotar la melancolía del tiempo, la serena tristeza que arrancó tantos lamentos a los luchadores de la libertad. En ellas personificó muchas veces esa generación a las heroínas de la revolución francesa.

La juventud de ese tiempo tuvo en Lamartine al genio mágico de sus aspiraciones. "Los Girondinos" acababa de entrar a Chile y el ejemplar, manchado por el uso, con las hojas sueltas en las lecturas nerviosas, iba de mano en mano como si fuera un breviario. Se leía el libro inmortal del poeta francés en las reuniones secretas, y ya por ese tiempo, Santiago conocía los gestos a lo Vergniaud, las actitudes a lo girondino, las palabras a lo Brissot. Cada uno de los jóvenes buscaba en el libro, entre los personajes elevados por Lamartine a la categoría de héroes, el personaje favorito con el cual creía tener más de un punto de contacto, y unos y otros se bautizaban con los nombres de la revolución. Vicuña Mackenna, que apenas contaba 18 años, ha recogido en un capítulo estas modalidades típicas de la generación de que él formaba parte también.

«Así Lastarria había recibido con justicia y en propiedad el nombre del publicista y jefe de la Gironda, Brissot, cuyas ideas políticas habían formado la encarnación de su partido y cuyo talento, de luchador le había puesto a su cabeza. Con no menos acierto, Francisco Bilbao era conocido solo con el nombre del más ilustre de los oradores de la Gironda, Ver-

gniaud, a quien Mirabeau, al morir lleno de juventud (42 años) en los primeros días de la revolución, había querido dejar intacta la arena para que ejercitara su palabra y su gloria. Manuel Recabárren, íntimo amigo de Bilbao, había tomado el nombre de aquel hermoso y valiente mancebo marsellés, *Barbarroux*, que había combatido con un fusil en la reja de las Tullerías para destronar un rey, como Recabárren se batió más tarde contra el cuartel de Artillería, en la jornada del 21 de abril de 1851. Rafael Vial era *Fonfrede*, y Juan Bello, *Ducos*. Habían tomado estos nombres de los dos hermanos políticos, diputados de Burdeos, que habían muerto en la flor de la edad. El nombre de *Louvet*, el impetuoso orador y romántico escritor popular de la Gironda, llevábalo con bizarría Domingo Santa María y, por último, habíase dado el título de alcalde *Pethion* a Marcial González, quien, en su doble carácter de municipal y diputado, había hecho un lucido papel como hombre de principios y como hombre de honradez política.

Pero no se crea que la nomenclatura de los gironinos chilenos terminaba con la lista de los diputados, de los oradores y de los mártires del partido francés. Así a los Amunátegui, moderados, tranquilos, estudiosos, tímidos, habíanseles asignado nombres más sociales que políticos. Miguel Luis era *Teodoro Lameth*, Gregorio Víctor era *Carlos*. El tercer Lameth, Alejandro Manuel, esperaba todavía en la antesala la orden fraternal de formar el grupo.”

“Pedro Ugarte, que no sólo era libre pensador sino ascético devoto y creyente firme, había recibido el nombre de *Danton*, y por cierto que, aparte el culto, no había bautizo mejor encontrado para aquella naturaleza enérgica, impetuosa, llena de recursos. De igual manera dieron el apellido de *Saint Just* a Manuel Bilbao, por su notable semejanza con el hermoso triunviro francés, cuyos ojos azules y larga cabellera llevaba aquél con la expresión del alma, casi como un retrato. Eusebio Lillo, compañero de intimidad del menor de los Bilbao, llevó con gloria el nombre de *Rouget de Lisle*. el inspirado autor de la *Marsellesa*, porque como éste fué soldado y poeta.

«No se creería hoy lo que vamos a contar, añadía *Vicuña Mackenna*. Pero no por eso es menos cierto que el heredero de *Maximiliano Robespierre* fué *Francisco Marín*, la más pura y benévola de aquellas almas, si bien (de boca) solía pronunciar terribles fallos sobre las cabezas, fortunas y hasta lo más bello y querido del hogar de sus adversarios. En cuanto a *Marat*, las apariencias eran mucho más justificadas en el nombre que le cupo en suerte o que el mismo beneficiado por humorada eligió. *Santiago Arcos* llevaba alegremente su apodo y sostenía que era muy cuerdo quien se lo había decretado, pues aunque nacido en el palacio de los obispos, en la calle de Huérfanos, y pared por medio con el club donde tenían lugar las reuniones de los girondinos santiaguinos, nunca hablaba de la revolución chilena sino como jacobino parisiense

o carbonario italiano». Pobre Santiago Arcos, termina Vicuña Mackenna. Se sentía poseído de la rara vanidad del mal y en el fondo era bueno, compasivo, humano y hasta filántropo a su manera. (1)

Tales eran las bizarrias de aquella juventud romántica y valerosa, que aparte de buscar para bautizarse los nombres de los más impetuosos héroes de la revolución, no tenía otro miraje que el de realizar para el país, en el cual tantos quebrantos ocurrían, el programa de una democracia efectiva. Fueron hombres de una sola pieza, íntegros y viriles, resueltos en la defensa de esas libertades que no han sido siempre el fruto de las batallas ardorosas. Cuando más cerca se creían del éxito, un golpe de la oleada de la autoridad los dispersaba, para volver a traerlos de nuevo al centro de las agitaciones. De pronto, el ritmo perdido de la tradición se recuperaba en el combate. Unos sentían vacilar sus entusiasmos y los otros advertían que la sociedad pesaba con exceso sobre el espíritu de los componentes. De entre ellos mismos surgían adversarios. Todos juntos, en suma, se encaminaban batiéndose a cara descubierta, bien por el orden dentro de la ley, como Varas y Montt, o bien contra ese orden parcial y severo que amenazaba con imponer la autoridad sobre las exaltaciones de la individualidad, como Bilbao, Lastarria o Recabárren. Comprendían que la libertad absoluta que ellos propiciaban no era posible. Y tanto

(1) Vicuña Mackenna.—Los Girondinos Chilenos,

no lo era, que uno por uno fueron dispersados, lejos de las fronteras, o bien huyendo en la noche para buscar refugio en los lugares más ocultos de la capital. Todo lo perdieron. Pero románticos hasta en el dolor, se entregaron a la tarea de redactar cada cual, unos en verso y otros en prosa, las páginas que más tarde debían señalarlos como hombres entregados por entero al culto de su tierra que habían, violentamente, abandonado.

Chile se ha batido largos años en esta angustia de las indecisiones. Una reforma no se ha logrado sino al precio de grandes sacrificios. Y la generación que tuvo en su mano la fuerza del brillo y la tenacidad constante para combatir por las ideas liberales y por la cultura, saboreó continuamente los zumos amargos de la persecución y del destierro. La historia es bien explícita en este sentido. Las reformas liberales y la constancia para dar a la cultura un sentido amplio, han llevado gran parte de la existencia de los que se pusieron a la tarea de realizarlas. Si se examina la vida de los que trabajaron en estas materias, se encontrará en ella siempre el sacrificio apenas compensado, la pobreza heroica para subsistir apenas decorosamente, la persecución cuando no existía el sometimiento a ciertos principios y a ciertas ideas tradicionales. Los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Bilbao, Barros Arana, Letelier y más lejos Mora, maestro de gran parte de la juventud de 1830. Mora fué expulsado por Portales y hubo de abandonar el país. Enseñaba conforme a los métodos

liberales. Había intervenido en la redacción de la Constitución del 28, excesivamente avanzada para el tiempo, y su colegio era, en concepto de la sociedad tradicional, un resumidero de conspiradores.

Pero veamos el caso de Lastarria. Lastarria fué, sistemáticamente, el hombre perseguido. ¿Qué punto de la vida de este maestro sirvió para el encarnizamiento de la sociedad de su tiempo? Uno sobre todos. Su doctrinarismo y su campaña liberal constante, enérgica, varonil, consciente, en la cátedra, en el libro, en el periódico y en el parlamento. Lastarria abominaba del autoritarismo reaccionario y era un propulsor infatigable de la cultura. Había llegado a Santiago de una provincia. Había nacido en Rancagua, en un hogar pobre. Estos comienzos eran imperdonables, desde luego. No se perdonaron sino muy tarde a los hombres de las generaciones que debieron combatir también contra los prejuicios de casta o de clan. Figurémonos lo que Lastarria, que comenzó a luchar siendo casi un adolescente, enseñando a los otros lo que él había aprendido, debió padecer en medio de esa sociedad de estirpe y sentimiento pelucones. Los hombres que más poderosamente influyeron con su poder y su riqueza para dominar el país, se daban el lujo de contratar los servicios de hombres modestos. Servían indudablemente a su patria y al porvenir en la transformación de la mentalidad social. Poseían un extraño principio de justicia distributiva, pero no la usaban para transformar la estruc-

tura política y económica del país. En este punto eran inflexibles.

Ciertas ideas manejadas por ciertos hombres demasiado vehementes provocan trastornos. La sociedad de ese tiempo no toleraba los arrestos excesivos, las violencias doctrinarias que menoscabaran principios enraizados hondamente en el cuerpo social. Había el sentido casi solemne de la prudencia, porque para deshacer lo que se había construído en tres siglos había que caminar con lentitud, agitando suavemente las conciencias. El intelectual que fué Lastarria pertenecía a esa clase de hombres, de los que se cree que aspiran a convertir en realidades prontas las teorías más sutiles y más peligrosas. Un doctrinario insobornable tenía que ser para los herederos del feudalismo colonial, un ser capaz de realizar convulsiones extraordinarias. Y sin embargo, Lastarria distaba mucho de ser un hombre de acción. Es decir, era el hombre de la meditación constante, el hombre del estudio y del pensamiento. El mismo lo afirma en sus «*Recuerdos Literarios*», profesión de fe de un hombre que se siente postergado, tanto como fué combatido treinta años antes.

«Se creyó que la enseñanza de la ciencia política, aunque puramente especulativa, era una escuela de revolucionarios». No creemos, agregaba—recordando su destitución de la cátedra de Legislación y Derecho de Gentes, por creérsele implicado en el motín de abril de 1851—que por la supresión de esta enseñanza se tuviera desde aquel momento menos revolucionarios;

pero lo cierto es que los resultados vinieron a dar y dan todavía una espléndida confirmación a nuestra creencia de aquel tiempo, porque desde que no se estudia la ciencia política, la falta de doctrina resalta en la política práctica y es causa no sólo de desconciertos, sino de perniciosos errores y de grotescos absurdos en todos los debates políticos escritos y hablados». Vicuña Mackenna, a este respecto, recordando también la destitución de Lastarria, escribía: «no fué el conspirador, ya que no tenía ni la fibra, ni la tenacidad, ni la audacia sorda de los maquinadores; no, se quiso sólo vengar los rasgos de una elocuencia superior». En general, las sociedades de estilo conservador como las de América, no toleran al que grita o examina con criterio libre las injusticias, y las miserias del ambiente.

Lastarria actuaba dentro de la ley. El, que era un enamorado de las reformas liberales, logradas por la sola acción del manejo de las ideas. había librado grandes batallas en el parlamento en contra del abuso del poder autoritario que la Constitución del 33 ponía en manos del Presidente. Esta tenacidad para exaltar el principio de las garantías individuales, para referirse a los bienes inestimables de la cultura en el individuo, para provocar una reforma en esa Constitución omnímoda que lo sometía todo a la voluntad de un solo hombre, fueron los comienzos de esa reacción apasionada que debía estrellarse violenta y estérilmente en la trágica jornada del 21 de abril de 1851. El doctrinario convencido y admirablemente dotado por la elo-

cuencia para hacer sentir la fuerza de sus argumentaciones políticas, no podía desviar la corriente impetuosa que caminaba recta contra el poder del Presidente, sostenido por una carta que había nacido de la destrucción de otra en un campo de batalla.

Esto parecía lo imperdonable en el luchador: su doctrinarismo ejemplar, nunca desviado de la línea en que se había colocado. Porque desde que comenzó a actuar en la vida pública, o sea, desde que tomó a su cargo la tarea de enseñar en el Colegio de Romo, una sola directiva marcó el rumbo de su proceso interno: educar, levantando la conciencia hacia un plano de superación de la individualidad humana. Fué áspero, indudablemente. Orgullosa de su saber, apasionado y en ocasiones violento, pero nunca se movió por intereses y jamás abdicó de sus ideales. La pobreza lo perseguía y alguna vez abandonó todos los pocos recursos que poseía sólo por no quebrantar el respeto de sí mismo. Cuando creyó que Montt podía servir en la liberación de las instituciones chilenas fué su colaborador. Había sido el amigo de la infancia y el condiscípulo del Instituto. Pero al comprender que Montt se colocaba de parte y aun con su acción en el Ministerio del Interior en 1844, de la política restrictiva y autoritaria que él combatía desde hacía tiempo, abandonó el Ministerio en el cual servía un puesto y tomó uno de batalla contra el amigo de la víspera.

La aspiración de Lastarria en el dominio político, era la formación de un partido progresista, «extraño a

los antiguos odios y a los resentimientos actuales, que supiese representar los verdaderos intereses democráticos y conquistar con paciencia y sabiduría una reforma de las instituciones, bajo el amparo de las vigentes. Ese partido, según él, debía venir con la generación que se educaba y era necesario dirigirlo de modo que no se contaminase ni con los antiguos rencores, ni con los intereses y odios del momento, ni con las doctrinas atrasadas que estaban de moda, ni con ese ciego sentimiento que, ajeno a toda justicia y a todo racional discernimiento quiere conservar un pasado de podredumbre en un pueblo que debe regenerarse, renovarse a sí mismo y reformarlo todo para completar su evolución».

Tal era el pensamiento político de Lastarria y nada, por supuesto, más distante de la acusación y de la persecución de que fué víctima a raíz del motín militar capitaneado por el coronel Urriola en 1851. Las sociedades en las que los odios han dejado un sedimento espeso de pasiones, suelen castigar a los que las examinaran con criterio libre y amplio, en los días pacíficos. En un instante se pagan viejas deudas, cuando menos se sospechaba. El carácter de Lastarria, su orgullo, su tenacidad para el combate doctrinario, sus análisis demoledores de la sociedad colonial, el implacable sistema crítico con que examinó la sociedad santiaguina en el «Manuscrito del Diablo», su actitud frente a la acusación contra Bilbao, sus críticas a la actuación de muchos liberales que consideraba elementos inservibles, eran otros tantos motivos para que en

la hora oportuna se levantarán en contra del insobornable doctrinario.

No debe olvidarse que en estas sociedades americanas el intelectual no ha sido mirado con la benevolencia que muchos imaginan. De de la casta de los intelectuales hay siempre uno, el ideólogo que se lleva todas las críticas, cubiertas o encubiertas del medio. No se le perdona su posición de crítico, el manejo desenvuelto de las ideas generales su anticipación de los sucesos, esa especie de desdén altivo para juzgar la política y los fenómenos subalternos que ésta determina. La política se arrastra a flor de tierra, concede con exceso en lo que para el intelectual es motivo de repugnancia y desdén. Si ese ideólogo choca por sus ideas con las ideas al uso o con las doctrinas mantenidas por la tradición, es más fuerte la resistencia que encuentra a su paso, aun cuando su talento sea reconocido y se le busque para los instantes de prueba. En gran parte fué ese el caso de Lastarria.

Existe un hecho singular. Don Andrés Bello, humanista y severo, entregado al orden de entonces, clásico en su cultura, prudente, metódico y equilibrado, poco dado a la audacia, le dió a Lastarria una ocasión para que mostrara una vez más la independencia de su temperamento. «Ud.—le dijo un día—que es el más revolucionario de los jóvenes que asisten a mis lecciones, debe dar el ejemplo». Se trataba de inaugurar la Universidad y para fomentar los estudios históricos era necesario que alguno de los discípulos tomara sobre

sí la tarea de escribir una memoria sobre un suceso de la historia de Chile. «Haga usted una, añadió, y elija el tema que crea más de acuerdo con su temperamento».

Lastarria eligió el siguiente: «Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile». Es probable que don Andrés Bello no se diera cuenta de que en esa petición al discípulo iba encerrada, como la almendra en la cáscara, la primera insinuación del liberalismo en la Historia. Es probable también que su espíritu equilibrado comprendiera que en la juventud de ese tiempo estaba en germen la noción democrática o el sentido de una justicia menos odiosa y arbitraria que la que él había conocido en las postrimerías de la colonia. La memoria leída por Lastarria era un golpe terrible a las ideas del tiempo y se comprende el silencio glacial con que fué recibida. La asamblea guardó una reserva fría y muy pocos aplaudieron. Lastarria había hecho la exposición de un sistema de gobierno a la luz del razonamiento filosófico y empleando por la primera vez esos recursos de la interpretación que permiten al historiador iluminar grandes extensiones de la vida pasada. Lastarria aplicó ese método, que era una novedad y en medio de esa concurrencia, casi toda tradicional, las palabras del joven historiador cayeron como gotas de hielo sobre la epidermis de los graves señores santiaguinos. Había una pasión profunda contra el sistema colonial y mostraba en los cuadros sombríos el fondo de inmoralidad y de descomposición que vino a ser la herencia recibida por

los países independientes. Se suscitó una larga polémica y el sistema histórico ideado por Lastarria fué rudamente combatido.

«Mis ideas en la materia, explicó más tarde Lastarria, eran pura novedad que hacía sonreír a mis amigos. Allí están expuestas, en mis *Investigaciones*. Yo creía entonces como ahora, lo que no he venido a leer en autores europeos sino en estos últimos años—escribía esto en 1868—que era necesario rehacer la filosofía de la historia, porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido; pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir. Las naciones no pueden entregarse a ciegas en brazos de la fatalidad: debe preparar el desarrollo de las leyes morales que las encaminan a su ventura. Ahora bien, ¿acaso no necesita corrección la civilización que nos ha legado España? Debe reformarse completamente, porque ella es el extremo opuesto de la democracia que hemos planteado. Luego es necesario analizar el modo como obra esa civilización en América y estudiar minuciosamente la acción e influencia de los antecedentes españoles en nuestra sociedad actual».

Añadía luego, haciendo un resumen de las impresiones de la lectura en aquella velada memorable: «En la sesión solemne, la más espléndida que ha habido, como que era la primera, aquellos graves directores me oyeron la lectura de la Memoria con una indiferencia gla-

cial y, sin embargò, de que les rogaba que aceptaran con indulgencia aquella obra, que procuraba contribuir a encaminar el estudio de nuestra historia por la senda que le traza la filosofía, la Universidad calló y ni siquiera me dió las gracias. Al año siguiente, se las dieron al Sr. Benavente, autor de la segunda memoria, y el rector creyó que no era justo ser tan indiferente conmigo, y me las dió, aunque tarde, por mi obra del año anterior».

«Había tenido que hacerme historiador—comenta Lastarria — no tanto de los hechos, cuanto de las ideas». Eso era justamente lo que no agradaba a los que pensaban que sólo los hechos pueden ser tenidos como puntos únicos de valor en el proceso de un período histórico. Lastarria quería penetrar en el fondo de ese proceso, infundirle la fuerza que comunica una visión certera del período que se trata de sacar de las tinieblas. Insinuaba Lastarria la estructura de un método histórico, que se complacía en examinar el proceso moral de la época, extraer como un buzo del fondo del mar, esos tesoros de interpretación filosófica por medio de los cuales es posible dar o presentar algunas lecciones inestimables a las generaciones, que son herederas de aquellos períodos.

El caso era singular en grado extremo, especialmente en el ambiente intelectual de Santiago de aquellos años. La omnipotencia de la tradición colonial no sólo pesaba poderosamente sobre la legislación misma, sobre el espíritu de los descendientes de los grandes señores

y olores, sino sobre los métodos que era necesario emplear para realizar los estudios históricos. Lastarria rompió valientemente contra esos métodos y fué el primer anuncio de una interpretación, digamos liberal, de la historia. Se dijo entonces que Lastarria desconocía o ignoraba la importancia de los hechos. Pero no es menos cierto que la historia chilena se ha dedicado, en gran parte, en la obra de algunos de sus mayores historiadores, a ser simplemente un catálogo de hechos. El rumbo abierto por Lastarria persistió, sin embargo, en algunos de los historiadores posteriores. Pero tuvieron auge incontrarrestado los narradores escuetos del dato, los obreros de esa construcción monumental, en la que el observador se pierde en medio de una selva de cifras, documentos, datos y hechos descarnados, fríos, inertes como los huesos amontonados de un osario gigantesco. Esta concepción de la historia, tan solemne, que sólo encuentra satisfacción en las absurdas compilaciones, que no admite la muerte de nada y que imagina sobrevivir a todo, porque todo lo apunta y cataloga y registra en las páginas yertas y polvorientas de sus textos, esta historia es la que, siendo un monumento por la paciencia y por la inmensidad de los datos, por la corrección del discurso y la impersonalidad, sólo se ha enternecido con lo muerto y ha desdeñado precisamente la vida que movió y agitó a los hombres en la vorá-gine de sus pasiones.

No desdeñaba los hechos Lastarria, sino que se apoderaba de ellos para estudiarlos en sus orígenes y

resultados, es decir, en las ideas que produjeron y en su influencia social. «Los historiadores nacionales—observó Lastarria— se han complacido, excepto uno que otro, ya no en escribir nuestros anales, no la crónica de nuestros hechos, sino la historia casera, por decirlo así, perdiéndose en la narración de consejas vulgares y de detalles insignificantes, tales como si éste saltó una pared, si aquél escribió un papelito, si el otro dijo, o tornó y se fué; y de este modo han torturado la paciencia de los lectores hasta hacerles aburrirse y también avergonzarse de lo que es la historia de Chile. Esta es la historia que ha prevalecido».

La razón estaba de parte de Lastarria, porque hoy mismo se da el caso de un país como el nuestro que goza de la fama de ser un país de historiadores y es sin embargo, el país en que menos se conoce la propia historia. La tendencia liberal fué desviada más tarde, porque en su mayoría los que se dedicaron a la historia, hubieron de hacer una que no molestara a determinadas familias, y en ocasiones desdeñaron documentos que tenían carácter peligroso para determinados grupos o sectores sociales. Gran parte de la vida de los hombres que actuaron en el pasado y que influyeron profundamente en el curso de la vida chilena, permanece aun en la penumbra. Sus actos privados, conocidos sólo de algunos, no han podido ser extraídos del armario de los secretos inviolables, porque su publicación o su comentario ocasionaría represalias y combates interminables. Un hecho en sí mismo puede tener

una importancia decisiva en el desarrollo de un proceso histórico; pero el mismo hecho comentado o puesto en situación de ser iluminado por la lumbre de una interpretación ajustada a la lógica y a la sensibilidad, implica ya la iluminación total de una gran zona, en la que hombres y pasiones aparecen en su verdadera postura.

Lastarria estaba, pues, condenado a la soledad. Su especulación filosófico histórica no podía agradar a la sociedad de su tiempo, y al insistir en permanecer independiente, batallando contra los prejuicios que se le oponían, contra las pasiones enconadas que se levantaban, contra las susceptibilidades que hería sin quererlo, llevado por el afán de esclarecer y decir la verdad, al colocarse frente a su época para retarla, se exponía a los más duros desengaños y a las más tristes verificaciones de la debilidad humana. Había enjuiciado a Portales, y tal enjuiciamiento era en el fondo la condenación de la política pelucona que él se empeñaba en destruir. Portales era para él, el grande hombre de un partido político, pero la influencia que ejerció en los destinos de su patria le rebajaba a la categoría de un estadista de circunstancias. No era el genio de la regeneración social y política, no era el gran estadista que promueve todos los intereses de su nación, que afianza la ventura presente y prepara la del porvenir. No,—exclamaba — era solamente el estadista de un partido, que funda el gobierno fuerte de unos cuantos para do-

minar a su patria y sojuzgarla a un sistema exclusivo. ¿Se podría presentar como el modelo del gobernante de una república, al que no sólo había desconocido la democracia, sino que la había contrariado; al que no había comprendido que la tiranía es la guerra, que la fuerza no consolida nada en el orden social, al que había creído que gobernar es dominar?».

Este era el pensamiento de Lastarria. Irreductible en su convicción democrática, no sujeto a la claudicación doctrinaria por temor a las iras o a las repulsas de su medio. Por eso fué condenado a aislamiento, no obstante de que existía la conciencia de su superioridad. Al trasmontar el curso de los días amargos que vivió, al recorrer de nuevo los panoramas ya lejanos de su ardorosa juventud batalladora, de su juventud de maestro y de animador incansable de la cultura, escribía con la pluma tinta en tristeza: «Para mí no había más que desengaños y dolores—aludía a las furiosas acometidas que le dispararon luego de la publicación de sus juicios históricos—tan siquiera había logrado formar escuela. Mis discípulos se hacían hombres y eran arrastrados por la sociedad vieja, que les hacía olvidar mis doctrinas, para amoldarlos a sus exigencias. No hallaba compañeros, sino para pelear las batallas de la política y esos mismos me dejaban solo en mi camino, cuando las peripecias y vicisitudes de la contienda les abrían nuevas sendas en su vida práctica: no tenían por qué quedarse con aquel que habían encontrado en el campo de batalla buscando un triunfo más alto que los

de la política, y muy quimérico para los que viven de realidades. Ah!... cuántos compañeros he tenido que me han dejado, para volver otra vez a encontrarme y y tornar a dejarme de nuevo, sin poder explicarse mi plan, ni mis aspiraciones a la regeneración social!».

Está aquí de nuevo el escritor divorciado de su medio y no porque él no entienda el medio, sino porque éste no tolera a quien le juzga por encima de las miserias del momento. Si el medio está nutrido en una tradición vegetativa, es mayor y más violenta la represalia contra los que se atreven a condenarlo.

Con el discurso de inauguración de la Sociedad Literaria, el día 3 de Mayo de 1842, había ocurrido un fenómeno parecido. Esa fecha marca en Chile, por más que se hagan rectificaciones que no alcanzan a tener fuerza, un suceso de trascendental importancia en la cultura chilena. Era, por lo menos, la corporización de las ideas que se insinuaban tímidamente sobre la independencia de la literatura nacional. La voz de Lastarria era la voz del americanismo, como lo fué ya en el enjuiciamiento de la colonia.

«Es la primera voz que alza la generación nueva, expresó el escritor argentino Vicente F. López. El primero que toca las cuestiones que debieran ocupar el pensamiento nacional». Pero la prensa chilena guardó silencio. Un frío silencio.

«Fundemos nuestra literatura naciente—pedía Lastarria a los hombres que formaban la generación más brillante de ese tiempo—en la independencia, en la li-

bertad del genio. Despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo; sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento; sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis, con todo, que la libertad no consiste en la licencia, este es el escollo más peligroso: la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspirar aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que puede haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo.

«Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas.

«No hay sobre la tierra—añadía, sentando las ba-

ses de este americanismo literario que hoy, después de casi un siglo, invade todas las literaturas del continente—pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones le son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza que contiene. Qué de recursos ofrecen a vuestra dedicación las necesidades sociales y morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos. Su ilustración tan sólo os presenta materiales tan abundosos que bastarían a ocupar la vida de una generación entera».

“Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. Hay una literatura que nos legó España con su religión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran a la península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad». Tales fueron las palabras cargadas de suortines de Lastarria en 1842.

En la sociedad colonial de ese tiempo, como en las de todos los pueblos hispanoamericanos, existía el instinto

de esa comprensión aguda que le hizo desviar la atención, deliberadamente, de las palabras de Lastarria. Ellas eran una nueva confirmación de esa libertad integral que preconizaba la obra del autor de «América». Nacionalizar una literatura, hacerla surgir del fondo mismo de la tierra, describiendo las llanuras inmensas y los hombres que pueblan esos territorios, estudiando sus costumbres, sus escenas y sus paisajes, los conflictos de razas, los sentimientos y las pasiones que brotan de las bravías luchas entre los habitantes, era romper definitivamente con el espíritu feudal que aun sobrevivía en el alma de las sociedades. Andres Lamas, en Montevideo, y casi por los mismos años, sostuvo la misma posición de Lastarria con respecto a la literatura de los países del Plata. Por todas las regiones americanas, a través de sus ríos y de sus montañas, nacía, pues, esta concepción original que excitaba a la juventud a olvidar el espíritu antiguo para crear, con la exaltación de los dones naturales, una nueva conciencia literaria. Y decir nueva conciencia literaria es proclamar una nueva conciencia espiritual, una nueva y más poderosa nacionalidad. La brega ha sido lenta y difícil y no puede decirse que haya triunfado arteramente sobre el alma, siempre vuelta hacia Europa, de los pueblos americanos.

Los hombres que acompañaron a Lastarria en esta empresa de nacionalización, estuvieron todos más o menos convencidos de esa verdad. Fueron surgiendo a la luz, en diarios y revistas, las primeras producciones

que daban ya el tono nacional a las letras chilenas. En Julio de 1842 apareció el periódico *El Semanario*, dirigido por el propio Lastarria, y en él se agruparon los jóvenes de ese tiempo que sentían las mismas inquietudes y el mismo anhelo de crear esta democracia. Muchos pertenecían a bandos opuestos en política, pero consideraban con unánime comprensión la necesidad de realizar en las letras el movimiento intelectual que preconizaba el maestro. En esa tienda se reunieron Antonio Varas, Manuel Antonio Tocornal, Antonio García Reyes, Marcial González, Jacinto Chacón, Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejos, Francisco Bello, José María Núñez, Cristóbal Valdés, Francisco Bilbao, Santiago Lindsay, Francisco Solano Astaburuaga, y muchos otros.

Sarmiento fué en esta campaña de la nacionalización literaria uno de los más decididos partidarios. Se encontraba por entonces en Chile, desterrado por la tiranía de Rosas. Había participado en la terrible polémica entre románticos y clásicos; había lanzado dardos punzantes y certeros contra los que sostenían el clacisismo, como la más señera de las escuelas literarias, y sintiéndose herido por los sarcasmos mordaces de Jotabeche, irónico y duro en sus ataques, el gaucho, valiéndose de la fuerza prodigiosa de su naturaleza casi salvaje, había respondido golpe por golpe, en medio del estupor de la sociedad de ese tiempo. Romanticismo era sinónimo de libertad, y cuando Sanfuentes, discípulo de Bello, arremetía contra esa escuela, Sar-

miento respondía, eligiendo los vocablos más violentos del diccionario.

«Puesto que los proverbios sirven de reglas literarias—escribía—haremos presente que no nos hemos olvidado de aquel otro: el que dice lo que quiere oye lo que no quiere. Con que, sigan no más, que estamos esperando ver por donde revienta ese apotegma. Desprecios y desdenes? Buf, ese es nuestro plato favorito. Raciocinios, ideas, luces? Las analizaremos. Faltas de lenguaje? Tanto mejor, les probaremos que no conocen de «la misa la media» en filosofía del lenguaje, que no tienen estilo propio, que no lo han de tener jamás, y que mientras ellos pretendan representar la literatura nacional, no se ha de ver una chispa de pensamiento, ni de espontaneidad. Puede ser que cuando le hayamos batido bien el cobre, y hayan pasado los arrebatos y acaloramientos de una polémica literaria, entremos con la calma de la razón a manifestar cómo esos estudios podridos que llaman clásicos, y que no son más que atrasados, influyen en las opiniones del público y de los que piensan en el porvenir del país; cómo la falta de filosofía en los estudios, es decir, de aquella filosofía que tiene por definición: «la filosofía es la ciencia de la vida»; de aquella filosofía que estudia la historia, la humanidad y la marcha de la civilización, influye en las opiniones y se refleja en las tendencias de los partidos, en la dirección de la política. Mostraremos por qué esa juventud tiene el corazón helado para todo sentimiento de libertad, sin ataque de per-

sonas, porque no simpatiza con la causa de los principios liberales, porque no se mueve por ellos, porque no vive de nada, ni representa nada».

Sarmiento había sido siempre adversario de la enseñanza literaria de Bello que juzgaba nociva para la juventud chilena. «Es la perversidad, decía, de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas; lo que tienen agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad, hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que se le presenta en toda forma. Pero cambia de estudios y en lugar de ocuparnos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de León, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminaires de la época y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales y en seguida escribid con amor, con corazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta será apasionado aunque a veces inexacto, agradará al lector aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de

nadie, pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará».

Era la lección soberbia de Sarmiento, la lección de la personalidad que es ella en sí misma, fortalecedora de la doctrina de Lastarria que pedía como ya hemos visto, originalidad en literatura. Los golpes enderezados contra Bello, implicaban el repudio a la doctrina clásica, en cuanto esta doctrina tenía el corazón vuelto hacia España, hacia el culteranismo, hacia el cultivo de las formas gramaticales estrictas y severas. *Facundo*, el poema de la pampa, el grito de la barbarie o de la civilización contra la barbarie gauchesca; la condenación a Rosas o a Quiroga, los dos engendros sanguinarios de la pampa que Sarmiento había escrito en Chile; confirmaban esta teoría de la libertad en el arte, en la violenta exteriorización de los instintos desencadenados.

La polémica no fué más que el reconocimiento de trincheras, fruto en primer término de las pasiones políticas y luego de las reflexiones que mereció el discurso de la Sociedad Literaria. Lastarria era el animador. Lo había sido desde 1836, en la enseñanza y lo era más tarde en cada una de las formas, políticas, literarias o sociológicas de que se valía para sacudir el ambiente de la capital. Sin su presencia algo sin duda hubiera faltado en la renovación de la mentalidad chilena. Quizás hubiera faltado todo. Porque en su temperamento ardoroso y batallador no había tregua ni descanso. Estaba hecho para la pelea. Fué acusado de no ser

hombre de acción. De ser simplemente un ideólogo, de no planear sino en el reino de las abstracciones. Sin embargo, nada se cumplía en el orden intelectual y en el orden político, sin que interviniera su pluma o su palabra elocuente, brillante, llena de virilidad y de colorido. Fué escritor sólo para impulsar a los tímidos, fué político para no permitir que la reacción autoritaria pesara demasiado sobre un país que tenía derecho a crear una fuerza democrática y padeció destierros y peligros, persecuciones y penurias, peleándose con sus amigos porque la patria que él amaba con la fe de un iluminado, merecía ser grande en el concierto de los pueblos recién salidos a la vida libre.

El carácter de Lastarria fué el menos apropiado para colaborar en su propia cruzada. Uno de los adversarios políticos escribió de él, con el respeto que merecía su personalidad, las siguientes palabras: «Los méritos que tiene el señor Lastarria como orador y como publicista están obscurecidos por el defecto que más difícilmente se perdona en este mundo. Su yo ha alcanzado un desenvolvimiento prodigioso, se sabe que entre los discípulos de Apolo la repugnancia para contemplar el yo ajeno es universal y poderosísima tal vez porque no gustan de que se les distraiga de la grata ocupación de contemplar el propio, por más aborrecible y microscópico que sea. No diremos porque sería exageración, del señor Lastarria lo que de Maistre decía de cierto filósofo: «Que es un orador de sí mis-

mo; un sacerdote de su propia divinidad, una luz que absorbe su propia irradiación: un Dios que se contempla y que no crea, que en vez de hablar, fulmina». Así se expresaba Zorobabel Rodríguez en 1876.

Pero exageraba como exageraron todos los que combatieron sin comprender los sacrificios de quien había sido el creador de una mentalidad nueva en el proceso accidentado de la nacionalidad chilena. El que había combatido tan fieramente, la sombra del coloniaje y había puesto su cerebro al servicio de la verdad contra una herencia para él pernicioso, no podía recibir sino censuras. Le acusaron de desdeñoso y soberbio. Bien sabía Lastarria por qué lo decían. No había dado tregua. No había dejado por denunciar ninguno de los defectos que la colonia transmitió a la República y siendo el maestro de los jóvenes de su tiempo, había compartido con ellos las responsabilidades dolorosas del combate. Nunca tuvo fortuna. En los días difíciles y urgidos de la pobreza, mantuvo el decoro de su hogar, a pesar de los vientos agrios que iban a estrellarse contra su puerta de solitario. Pudo haber claudicado de todo, puesto que su preparación y su poderosa inteligencia, le permitían ser el mentor y el guía de aquellas generaciones que se batían en el parlamento y en el gobierno. Prefirió ser él, siempre el mismo en pugna con los errores y en pugna con las injusticias. Sólo ante la juventud se rendía. Si los poderosos querían atarle al carro de las complacencias o querían arrastrarle a las concesiones en que tan fértil ha sido nuestra his-

toria política; él se encerraba en el erguido mutismo, impenetrable, que producía la sensación del más altivo de los orgullos.

Sin embargo, hasta allí intentó alcanzarlo la pequeñez del rencor social y político que entre nosotros toma la forma del sarcasmo y de la burla. Lo satirizaron porque usaba botines de gruesa suela, llamados de "saternique" que crujían al andar; porque usaba "cabo" —la gomina del siglo XIX— que por lo demás todos usaban para el bigote y el cabello; porque era galante con las damas, como si su delicadeza y sensibilidad le vedaran serlo; porque tenía un alto concepto de sí mismo y confundían su orgullo con la petulancia de los pavos reales de que está plagada nuestra galería política.

Pero aparte de esas miserias del ambiente tenía que ser consecuente con la generación que él había formado. Por lo menos tenía que ser consecuente consigo mismo. Si muchos de los de aquella juventud habían claudicado en aras de los intereses, él continuó con la bandera levantada sobre el mástil de su recia personalidad. Un día, desesperado de la pobreza; partió hacia las regiones mineras del norte y allí permaneció por espacio de muchos meses, rastreando como un baqueano las vetas inencontrables. No desmentía así su característica de hombre de Chile. Pero en estas minas no halló sino desengaños. En las horas que le dejaba libre el trabajo de recorrer las regiones del oro, en Copiapó, se entregaba a la tarea de enseñar. No podía olvidar la razón

de su vida: la enseñanza. A la escuela acudían todos los niños que podían y los hombres de las vecindades. El autor de tantos trabajos de investigación histórica y sociológica, estaba reducido, por la pobreza, a ser siempre el maestro. El símbolo se prolongaba en las más distantes zonas de la soledad y le estimulaba al trabajo incesante.

Tantas batallas libradas desde su más temprana edad, agriaron sin duda su carácter. Cuando quisieron relegarlo al olvido, aun estando en el vigor de su vida, se revolvió como una fiera para trazar luego esos cuadros animados de la vida intelectual chilena, que forman uno de los libros más interesantes que se han escrito en nuestro país: **R e c u e r d o s L i t e r a r i o s**.

Cuando la sociedad lo punzaba en su sensibilidad, o cuando los adversarios de los partidos pelucones le llamaban un teórico encaramado en las nubes, echaba a la prensa ese **M a n u s c r i t o d e l D i a b l o** que es el más implacable, el más duro y terrible de los análisis de la sociabilidad chilena. Allí clavó los dardos de acero de su sarcasmo contra la mentalidad del hombre de los cerros, que era uno de los rasgos característicos del chileno. Cuando lo zahirieron por sus doctrinas liberales, cuando lo mordieron en las convicciones que eran carne de su naturaleza, levantó su voz severa y elocuente para desmenuzar en un documento, que es único, la génesis y el espíritu de la Constitución del 33, cuya reforma él pidió y exigió sin que le escucharan, pero que más tarde fué cumplida en los

mismos puntos que pedía el maestro. La contienda del 91 estaba ya anticipada por Lastarria en la exégesis demoledora de sus formidables acusaciones a esa Constitución.

Y sin embargo, ese doctrinario irreductible, ese hombre de una línea inquebrantable, era suave y bondadoso en el hogar y conservaba los recuerdos como si fueran otros tantos aspectos de su naturaleza. Su pieza de trabajo era modesta. Dicen algunos de sus biógrafos, que el único adorno que se veía entre la montaña de libros, era un busto del Presidente Federico Errázuriz Zañartu, su protector generoso en 1874, que le dió trabajo para vivir, en una época en que su estudio de abogado estaba siempre solitario. El ambiente lo tenía cercado y no le dejaba vivir. Era la venganza del medio contra el luchador que no cedió un ápice de su personalidad a las exigencias criollas de la nivelación. La mesa en que escribía era una carpeta de colegial. La silla del escritorio que le sirvió hasta el día de su muerte, se la había regalado cuarenta años antes el General Borgoño. Nunca quiso barnizarla, nunca la modificó. El tapiz de terciopelo, ya desgastado, mostraba las barbas grises de crin, saliendo por entre las desgarraduras de la cubierta.

Fué Lastarria el maestro en el sentido más alto del vocablo. De aquella generación que tanto hizo por la República, que organizó en medio de fieros combates este espíritu de orden que aun persiste, a pesar de las violentas arremetidas sufridas, en tantos años de com-

bates y revoluciones, de aquella generación decimos, puede asegurarse que fué la más brillante que el país haya conocido. De ella surgieron los hombres fundamentales, en un tiempo en que todo era incertidumbre y ansiedad. Unos fueron al poder a combatir a los que antes eran sus camaradas, los otros buscaron la trinchera para combatir a los que se excedían en el poder. Pero todos juntos, entre reformas y retrocesos, entre persecuciones y destierros, entre arengas encendidas y golpes severos de autoridad, construyeron la arquitectura de la nación e infundieron en ella, unos el vigor de su equilibrio poderoso que corrige las más vehementes acometidas y los otros, ese aliento inmortal de la rebeldía en el dominio de la cultura, especie de oleada intermitente, sin la cual el edificio severo terminaría por asfixiar a los que en él penan y trabajan. Lastarria y los hombres liberales de su generación alimentaron esa llama viva e inextinguible de la libertad y dieron a los hombres la conciencia segura de sus deberes, por el estímulo de la dignidad humana, de la cultura y de la ciencia. Los otros como Montt, Varas y sus discípulos, sostuvieron con el ceño adusto, sobre sus hombros vigorosos, los basamentos de piedra de la ley sobre los cuales las generaciones posteriores han sentido muchas veces, en medio de sus enconadas luchas, las voces que les gritaban que sólo por el sacrificio y por la fe en los ideales, por la tenacidad y el cumplimiento del deber, por el estudio incesante y por el fortalecimiento de la moral personal es posible realizar la grandeza del país en que se vive.